

Testimonio

Soy fruto agradecido del dolor y los avatares superados. Aunque es duro decirlo, así lo digo porque debo reconocer que la muerte de mi hijo trajo consigo mucho dolor y también muchos aprendizajes. Una experiencia que me abrió las puertas, que me dio luces para entender que la vida es mucho más que estar vivo. Y que vivir es un derecho. La muerte de mi hijo enterró mi indiferencia y fraguó mis caminos para la lucha por la vida, por mis derechos, por nuestros derechos: para que no asesinen más a nuestros hijos, se nos respete y se nos dignifique la existencia. Porque los pobres, los que vivimos en la sociedad pobre, también tenemos derechos y merecemos vivir con dignidad.

Hoy, con dolor y resignación, acepto que la vida de mi hijo jamás será devuelta. Pero me consuela ayudar a evitar el dolor de otras madres. Ese dolor eterno que llevo desde aquel mayo negro cuando la Policía Metropolitana irrumpió en mi vida, asesinó a mi hijo y le enterró sus sueños.

Hoy, a siete años de su muerte, siento que he trascendido de la individualidad a lo colectivo, me he unido a muchas voces en contra de la injusticia, en contra de la violencia y muy a favor del derecho a la vida y al respeto a la dignidad de todas y todos. Ahora abrigo muchas esperanzas: la esperanza de justicia es inagotable; la esperanza de justicia de una madre no termina jamás, se transforma. De la sed de vengarlo pasa por anhelar una justicia correctiva, forjadora de buenos ciudadanos, buenos policías, educados para la vida, no para matar. Policías respetuosos de nuestros derechos y dignos del respeto de todos. La esperanza de justicia de una madre supera la venganza que oscurece su pensamiento por el dolor y la pérdida. La esperanza de justicia de una madre se alía con la consideración y el perdón para la reconciliación. Para reconciliarnos con nuestros herma-

nos, esos hermanos que alguna vez también fueron víctimas de la violencia y por ello no respetaron la vida ni sus sueños, pero siguen siendo tus hermanos y necesitan ser considerados y perdonados.

En todo este tiempo he aprendido y desaprendido. He aprendido a respetar a mis semejantes, a ser tolerante con mis disidentes, a reconocer la razón en los demás y a reconciliarme con los desencuentros. He desaprendido y desprendido de mí el odio, la venganza, el rencor, el miedo y la indiferencia, para preñar en mi corazón el amor, la solidaridad, el perdón, la comprensión y la reconciliación. He aprendido y desaprendido lo suficiente para hoy sentirme liberada de la violencia y las imposiciones del orgullo, para entender que el perdón es un sentimiento y una expectativa válida, para vivir en paz.

En todo este tiempo he caminado y he hecho caminos. En todo este tiempo, el corazón se me ha ido repartiendo en amores y querencias. El dolor se me ha regado y he desterrado a la indiferencia, porque hoy todas las muertes me duelen y hasta ayer estuve muda de la voz y la palabra.

Raquel Aristimuño

Asesoría Familiar Red de Apoyo Justicia y Paz
